

HOSPITAL DE SAN JUAN DE DIOS.

SALA 13.

CAMA NÚM. 11.

CLÍNICA DEL DOCTOR OLAVIDE

Cicatriz pelagrosa.

A. J., de 54 años de edad, casada y con tres hijos mayores de edad, natural de Anguite (Guadalajara), vino desde el pueblo de su naturaleza á ingresar en este establecimiento, verificándolo el día 24 de Abril del año 1882.

De un temperamento sanguíneo, regular constitucion, sin antecedentes hereditarios morbosos, buen género de vida, ha estado dedicada á los quehaceres domésticos, sin haber hecho rudos trabajos ni sufrido privaciones y miserias.

La enfermedad que actualmente aqueja, tiene su principio en la primavera pasada, la cual, y sin causa aparente que la provocara, comenzó por una tristeza inexplicable, melancolía invencible, tendencia al reposo, pérdida del apetito y un sabor de boca desagradable; se purgó entónces repetidas veces, creyendo no ser otra cosa sino una grande indigestion; pero á pesar de haber promovido abundantes cámaras, aquel gusto salado que la impulsaba á estar mascando de continuo y sin tener qué mascar, no desaparecía: dos semanas transcurrieron, al cabo de las cuales se manifestó en las caras dorsales de ambas manos una mancha dolorosa, rojiza, que iba en progresivo aumento; y como hubiera recibido un golpe casual al cerrar una puerta, consultó su enfermedad con un médico del pueblo, sin que atribuyera gran importancia á aquella lesion.

De esta suerte pasaron tres meses, y si bien las manchas de las manos no habían desaparecido, la enferma estaba ya habituada y no adquirían tampoco mayor extension; pero entónces, despues de un gran susto, al ser cogida por un buey de labranza, advirtió, al peinarse, no resistía el contacto del peine, lo cual era motivado por unas costras que se habían desarrollado entre el pelo, costras que se extendieron más tarde para invadir el cuello, cara, pecho y brazos.

A su ingreso en el hospital esta enferma presentaba una erupcion de costras húmedas y casi desprendidas, negruzcas, arrugadas, que cubrían pequeñas ulceraciones superficiales y análogas á las costras de impétigo, diseminadas por grupos de cuatro y cinco, ya en el cuero cabelludo, cuello, cara, pecho y brazos: además, sobre la cara dorsal de ambas manos una cicatriz resquebrajada, lustrosa, y de color violáceo en unos puntos, oscura y con cierto tinte achocolatado en otros, indolente y nada molesta, cubierta por unas laminillas adherentes, que no se desprendían sin provocar dolor; la sensibilidad se encuentra abolida en parte sobre toda la extension de dichas cicatrices, y cuando se aproxima un cuerpo fino, la sensacion percibida es muy imperfecta.

Tratamiento.—Racion de asado, vino en la comida, polvos de almidon á las costras. En sustitucion de los polvos se dispuso la cura con la fórmula siguiente: glicerolado de almidon, 30 gramos; subnitrate de bismuto, 3 gramos; mézclese, y ofreciendo cierta dificultad para la digestion de los alimentos, se agregó á todo lo dicho el bicarbonato de sosa.

Suspendido el tratamiento tópico anterior por no ser tan eficaz como se requería, se dispuso el lavatorio á las costras con la disolucion acuosa normal de ácido fénico, y para calmar los dolores que aquejaba en la cabeza durante la noche, una pildora de extracto tebaico.

Ultimamente, la cura á las costras se hacia con la pomada de iodofomo, y el hidrato de cloral al interior. Sometida á dicho tratamiento, en el mes de Setiembre no se había modificado la erupcion.

PALACIOS.